

Historia de la Salvación **Rebeca Reynaud**

La verdadera historia es la historia de la salvación. La verdadera historia la hacen los santos, dice Juan Pablo II.

¿Cual es la diferencia entre el cristianismo y las demás religiones? ... En todas las religiones se ve que el hombre busca a Dios, en el Cristianismo, *Dios busca al hombre*, sale a su encuentro, se encarna y vive entre los seres humanos. La clave para comprender la naturaleza y el mensaje de los libros sagrados es Jesucristo^[1].

Dios se ha revelado a los hombres en el marco de una historia llamada "Historia de la Salvación". Dentro de la historia visible y documentable del mundo, se desarrolla otra Historia, cuyo hilo conductor, al contrario de lo que sucede con la historia humana, no es la guerra, la paz o los hechos sobresalientes de los hombres, sino las "invenciones" de Dios, los *marabilia Dei*; las intervenciones maravillosas y benévolas de Dios. "La venida de Jesús en la Encarnación marca en ella un salto cualitativo"^[2]. Todos los gestos realizados por Jesús, incluso su silencio y la vida cotidiana en Nazareth, forman parte de esa Historia. Su tiempo es el "centro del tiempo" o la "plenitud de los tiempos". Pero la Historia de la Salvación continúa después de Él y nosotros también formamos parte de ella. La vida de cada uno es una parte pequeña de esa Historia de la Salvación, es una historia de salvación. La segunda venida de Cristo marcará un nuevo salto de nivel en esta Historia.

Joseph Ratzinger dice que: "La creación se hizo para ser espacio de oración (...)"^[3]. Podemos decir: Dios ha creado el mundo para iniciar con el hombre una historia de amor".

El Papa Benedicto XVI habló después de los tres puntos cardinales del tiempo que jalonan la historia de la salvación: la creación, la encarnación-redención y la parusía, que comprende también el juicio universal. "Pero estos tres momentos, explicó, no pueden entenderse como una simple sucesión cronológica. La creación es el origen de todo, pero es continua y se lleva a cabo en el arco del devenir cósmico, hasta el final de los tiempos. Del mismo modo, la encarnación-redención, que acaeció en un tiempo histórico que fue el paso de Jesús por la tierra, extiende su radio de acción a todo el tiempo precedente y a todo el siguiente. A su vez, la última venida y el juicio final, anticipados en la Cruz de Cristo, ejercen su influjo en la conducta de los seres humanos en todas las épocas. (cfr. *Mensaje del Ángelus de Adviento*, 3-XII-2008).

Dios se ha manifestado con palabras, a través de los profetas y otros escritores sagrados, pero también con hechos que respondían a las palabras y las ilustraban. Al subrayar que Dios se revela no solo con palabras, sino también con obras, afirmamos que existe una hermenéutica teológica de la historia, que apoyada en la Revelación pone en evidencia el modo de realizarse del plan salvífico de Dios en el tiempo.

Además, Dios revela las cosas progresivamente. Esta ley de progresión es evidente, por ejemplo, en los preceptos morales del Antiguo Testamento, que se ajustaban a las costumbres y a los tiempos, y destaca de modo especial en lo que se refiere a la esencia misma de Dios. Sólo en el Nuevo Testamento, de hecho, se manifiesta que el Dios Único es Trino en Personas, que al lado de Dios Padre existen el Hijo y el Espíritu Santo. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hay cierta continuidad y cierta discontinuidad que se puede expresar con los siguientes modelos: preparación-cumplimiento; figura-realidad; imperfecto-perfecto; anuncio o profecía-realización. Esta revelación progresiva es una manifestación de la pedagogía divina que fue revelándose a los hombres poco a poco, de acuerdo con lo que en cada momento eran capaces de entender. Por eso dice el Concilio Vaticano II que «el fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal, y de su reino mesiánico, anunciarla proféticamente, representarla con diversas imágenes.

La salvación arranca del pecado original del hombre y su extensión a toda la naturaleza. Dios había establecido desde la eternidad que el hombre y el cosmos recuperarán su situación original y consiguieran una dignidad todavía mayor mediante la Encarnación del Hijo, Segunda Persona de la Trinidad. La venida del Espíritu Santo, la Tercera Persona, completa y lleva a cabo la obra iniciada por el Hijo y, a través de la historia, la transmite de generación en generación para que llegue a todos los hombres.

Las etapas de la historia de la salvación

La salvación, pues, tiene una naturaleza histórica, en el sentido que la misericordia de Dios gobierna y dirige los acontecimientos. Primero, para preparar la venida del Redentor, y después para aplicar los frutos de la Redención realizada en la Cruz. La historia de la salvación es la historia de las **sucesivas alianzas** que Dios quiso establecer con los hombres después de la caída.

Cristo, plenitud de la Revelación

El plan divino de la salvación, del cual la Revelación es una parte, tiene un centro, que es a la vez una culminación y una «recapitulación», y ese centro es Cristo, Dios y hombre verdadero.

En la historia humana hubo una larga preparación a la venida del Salvador; esta preparación tiene dos aspectos: en el pueblo elegido corresponde a la espera del cumplimiento de las promesas de espera salpicada de reflexiones de los sabios y profetas, que van creando un clima cada vez más espiritual en el Judaísmo, hasta llegar al mesianismo trascendente y apocalíptico, a la noción de Sabiduría divina, a la concepción del Espíritu de Dios como casi una Persona subsistente, a las especulaciones relativas a la Palabra de Dios. Esta preparación explica el surgir en Israel de corrientes de espiritualidad más elevadas y despegadas de los bienes materiales.

La Iglesia continúa la misión de Cristo

Hasta la Resurrección del Señor había discípulos pero no había Iglesia. La unción del Espíritu Santo sobre la Iglesia es un don de Cristo resucitado (Io 7, 38-39).

Cristo encargó a los Apóstoles que fueran testigos suyos, de su Muerte y Resurrección, que predicaran el Evangelio a todas las criaturas, hicieran discípulos y los bautizaran en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,18-20; Mc 16,15). *La historia de la salvación, por lo tanto, es la historia de las intervenciones salvíficas de Dios. En otros términos, podemos decir que la historia de la salvación es el desarrollo del plan divino de la salvación, plan que se cumple en el tiempo a pesar de estar establecido desde la eternidad (F. Varo).*

La Iglesia es la Asamblea o reunión de aquellos a quienes convoca la Palabra de Dios para formar el pueblo de Dios y que, alimentados con el Cuerpo de Cristo, se convierten ellos mismos en Cuerpo de Cristo (CEC 777).

Cristo y la Iglesia son inseparables. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, es el fruto en la historia de la misión del Hijo. Es el fruto de su Muerte y de su Redención^[4]. Si se le separa, se introduce una fractura y no entendemos el misterio que se nos ha manifestado. Aquí hay un principio dogmático: En Cristo es inseparable su **ser** y su **misión**. Allí está toda la Cristología y toda la Eclesiología condensadas. La acción redentora de Jesucristo podría haber sido otra cosa. Se encarnó para eso. La Iglesia es la única institución que tiene más de 2 mil años de existencia.

La vida de la Iglesia depende de la inhabitación del Espíritu Santo en cada uno de sus miembros. El Espíritu es la explicación última de su vida de fe y de esperanza^[5].

La Iglesia ha dejado un increíble rastro de luz a lo largo de la historia. La acción del Espíritu Santo ha transformado a millones de hombres y mujeres y ha suscitado hechos heroicos.

Los seres humanos tenemos, en general, la mentalidad y los defectos de la época en que vivimos y, además, debilidades personales, que son las mismas en las distintas épocas. Lo sorprendente es que la gracia de Dios permita vivir por encima de los defectos de la propia época. "Por muy sacudida que parezca, en ella navegan, no sólo los discípulos, sino el mismo Cristo", concluye San Agustín (Sermo 64).

Si amamos a la Iglesia, no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de los hijos. Demostraría poca madurez el que, ante la presencia de defectos y de miserias, en cualquiera de los que pertenecen a la Iglesia –por alto que esté colocado–, sintiese disminuida su fe en la Iglesia y en Cristo. La Iglesia está gobernada por el Espíritu Santo y el Señor estará con ella *hasta la consumación de los siglos* (Cf. Mt 28,20).

Dios quiso constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente. Dios hace una alianza con Israel. Esto lo realizó como preparación y figura de la **nueva alianza** que había de efectuarse en Cristo. En Rom 11, 13-26 se lee que Cristo busca la reconciliación entre judíos y gentiles.

La comunidad cristiana tiene experiencia de que Israel no ha aceptado al Mesías. Jesús anunciaba que a Israel le sería quitado el reino y entregado a otro pueblo (Mt 21, 43). La Iglesia es el verdadero Israel, el nuevo Israel (Rom 2, 28-29).

¿Ha rechazado Dios a su pueblo? De ninguna manera. Dios es fiel a sus promesas, pero no basta ser hijo natural de Abraham para heredar (de las piedras puede sacar hijos de Abraham. El pueblo judío sigue teniendo una misión.

Los judíos rechazan a Cristo, que es el fin de todo el AT (Rom 9, 30-33). Por eso sus privilegios pasan ahora a los cristianos.

Hay que tomar en cuenta que no hay equivalencia entre ser miembros de la Iglesia y ser elegidos del Cielo. *Hay quienes perteneciendo a la Iglesia no se salvarán* p.e. los pseudoprofetos que expulsaron demonios (Mt 7, 22ss); y hay quienes aparentemente no son de la Iglesia y se salvarán (Mt 25, 31-46). Se salvarán los justos (Mt 13, 41-43).

El pecado es una triste realidad. Esta es la aflicción de la Iglesia, que no todos los llamados se muestran dignos y ejemplares. Hay escándalos, cizaña, falsos hermanos, ovejas perdida. Por eso desde su origen la Iglesia ha predicado siempre una invitación a la *metanoia*, a la conversión, a la reforma interior y de las costumbres.

Todos estos males no rompieron la unidad de la Iglesia. Sólo hubo separación frente a los herejes y viciosos (I Cor 5, 11, 1 Io 2, 19), y aún con estos el pastor tenía que emplear su solicitud para atraerlos al redil.

Reino de Dios

La meta última del plan de Dios no es la Iglesia, sino del definitivo reinado de Dios, al cual la Iglesia llegará al fin de los tiempos. La celebración eucarística es una anticipación del "comer y beber a la mesa de Jesús en su reino" (Lc 22,30). La Eucaristía anuncia la venida del Señor hasta el Él vuelva (1 Cor 11, 26). Los miembros de la iglesia están redimidos pero todavía no están salvados. Lo tiene todo y todavía no posee nada.

Lectura de la Biblia

Las Sagradas Escrituras no son el fundamento del Cristianismo, como si éste fuese una *religión del libro*. El Cristianismo es "la religión de la Palabra " de Dios, no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo (CEC n 118) .
SEGUIMOS A UNA PERSONA, NO UNA DOCTRINA.

Ser dóciles al Espíritu Santo implica fidelidad a la Iglesia, la comunidad de salvación fundada y querida por Jesucristo, pues esos textos han sido confiados a la Iglesia para alimentar su fe y guiar su vida de caridad.

[1] Cf. Conc. Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 13.

[2] Félix María Arocena, *En el corazón de la liturgia*, Pelicano, Palabra, Madrid 1999, p. 415.

[3] J. Ratzinger, *En el principio creó Dios*, EDICEP, Valencia 2001, p. 43.

[4] Clase a profesoras, 27 julio 1996 del Prof. Antonio Aranda.

[5] Cf. Juan Luis Lorda, *Para ser cristiano*, Patmos 1996, Madrid, p. 245ss.